

Conflictos y sensibilidades sociales en contextos de socio-segregación (Córdoba, 2011)

María Eugenia Boito, Gabriel Alberto Giannone, Cecilia Michelazzo*

Resumen

En este escrito recuperamos algunas formas de sentir(se) en territorio que actualizan pobladores de la ciudad de Córdoba nucleados en instancias de organización colectiva, ligados al ámbito de aquello que es próximo, cotidiano y conocido -el barrio, la organización-, en la ambivalencia entre la felicidad y la tristeza, entre cierta “tranquilidad” y el cansancio, la impotencia y el dolor ante lo que se vive como pérdida de la comunalidad, que impacta en la potencialidad del quehacer colectivo por parte sus hijos sobre cuestiones sociales referidas a la lucha por el hábitat. Centralmente leemos como “síntoma” las percepciones de los adultos referidas a sus hijos, o a los jóvenes, con quienes comparten los espacios domésticos y barriales, en vistas a indagar -de manera oblicua- algunas transformaciones en el hacer-con-otros en el barrio y la ciudad durante las últimas décadas.

Palabras clave: sensibilidades – territorio - conflictos

* María Eugenia Boito es investigadora del Conicet, Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (Conicet/UNC). Profesora Adjunta de la Escuela de Ciencias de la Información y de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Córdoba. E-mail:

meboito@yahoo.com.ar

Gabriel Giannone es Becario Tipo I del Conicet, Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (Conicet/UNC). E-mail: gabrielgiannone@hotmail.com

Cecilia Michelazzo es Becaria Tipo II del Conicet, Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (Conicet/UNC). E-mail: ceciliamichelazzo@hotmail.com

Introducción

Las presentes reflexiones parten de nuestra experiencia en el proyecto “Diagnósticos Sociales desde las Capacidades Expresivas/Creativas de Organizaciones Territoriales de la Ciudad de Córdoba (2010-2011)”, dirigido por Adrián Scribano.¹ El objetivo fue transferir a pobladores y técnicos involucrados en procesos comunitarios territoriales de la ciudad de Córdoba estrategias para elaborar diagnósticos sociales a partir del abordaje de la expresividad social. Para tal fin, trabajamos con pobladores de barrios periféricos de la ciudad de Córdoba, organizados en cooperativas o asociaciones civiles a través de las cuales se construyeron los barrios que habitan. A través de la realización de Encuentros Creativos Expresivos -en adelante ECE- (Scribano: 2013) se generaron condiciones para la emergencia de las emociones, y de formas particulares de exponerlas e interpretarlas. La modalidad de abordaje actúa sobre el carácter sensible de las prácticas sociales en vistas a la expresividad de lo vivenciado; en términos teóricos se basa en -y refiere a- las primeras consideraciones de Carlos Marx sobre el carácter material de lo sensible. Si, como afirmaba Marx en los Manuscritos ([1844] 2001), para cada hombre *“su propia sensibilidad sólo a través del otro existe para él como sensibilidad humana,”* la propuesta que trabajamos operó instanciando la posibilidad de manifestación y puesta en común de las sensaciones de los pobladores en torno a la experiencia de habitar en contextos socio-habitacionales segregados, a partir de preguntas tales como: ¿Qué y cómo nos sentimos cuando llegamos al barrio? ¿Cómo nos sentimos hoy? ¿Cómo nos gustaría sentirnos en el futuro?

A partir de las expresiones que emergieron identificamos algunas características de las maneras de sentir(se) en el territorio barrial, reconociendo la configuración social y colectiva de los espacios. En este sentido, encontramos que en las maneras mediante las cuales los adultos perciben a los jóvenes y a sus hijos, con quienes comparten las condiciones de habitabilidad, se condensa y expone uno de los núcleos más expresivos del momento actual en cuanto a la potencia o impotencia de la acción colectiva por el acceso al hábitat, en una Córdoba crecientemente fragmentada.

En primer lugar, presentamos algunos desarrollos en relación al reconocimiento del carácter sensible de la práctica social, que nos permiten acercarnos a la estrategia de lectura sobre los estados del sentir y la potencia e impotencia de la acción en el territorio barrial desde lo creado y lo expresado por los actores.

En segundo lugar, una breve historización de la conflictividad social vinculada al hábitat en la ciudad de Córdoba nos permite contextualizar y comprender las experiencias de habitar y convivir, atravesadas por procesos socio-políticos que condicionan las posibilidades de relacionarse entre vecinos, entre generaciones, entre habitantes de una misma ciudad, las posibilidades de ocupar, apropiarse o circular por un espacio urbano socio-segregado.

En tercer lugar, profundizamos la interpretación de las expresiones de los pobladores adultos sobre sus hijos y los jóvenes con quienes comparten los espacios domésticos y barriales, en torno a los cuales se manifiestan las emociones más intensas y contradictorias. Lo que se percibe como presente y como futuro de la acción posible de los jóvenes, como generación que viene “no teniendo lugar” en la casa, en el barrio, tampoco en la escuela, en el trabajo formal y en la ciudad, nos permite indagar sobre los estados del sentir en torno a lo barrial y a lo colectivo.

Finalmente, y como cierre, insistimos en la significación epistémica y política de interrogar la sensibilidad social como manifestación o dialéctica suspendida de un momento de la conflictualidad clasista con relación al espacio urbano cordobés. De este modo, el proceso de diagnóstico social operante sobre los estados de sentir se orienta a que los sujetos puedan reapropiarse de la dimensión sensible de su práctica social e imaginar –y empezar a trazar- otro comienzo desde un “más acá” del presente impotente de la acción colectiva.

1- Estados de sentir en la experiencia de habitar un barrio. Territorios relegados y la dimensión sensible de la práctica

Partimos de la relación dialéctica entre sensibilidad y territorio: el territorio se va configurando en la interacción cotidiana que genera y sostiene las categorías que lo delimitan y organizan, así como las atribuciones y características que tiñen las vivencias posibles en y del lugar. En términos de G. Simmel, “el

espacio es una actividad del alma, la manera que tienen los hombres de reunir, en intuiciones unitarias, los efectos sensoriales que en sí no poseen lazo alguno" (1986: 645). Pero a la vez que los sujetos sociales intervienen el espacio, es su materialidad la que proporciona estímulos a los sentidos, que apropiados e interpretados por los sujetos (de maneras socialmente aprendidas) configuran el espacio como lugar significativo, como propio o ajeno, como barrio, plaza, casa o hábitat. Esta materialidad, que comprende la distribución de recursos y cuerpos, los recorridos y movibilidades posibles, las texturas, colores, olores y sonidos de un espacio, condiciona las sociabilidades posibles, promueve ciertos tipos de lazos o relaciones y obstaculiza e impide otros; permite o detiene la potencialidad de la acción.

En este sentido planteamos, desde un abordaje materialista, la pertinencia de pensar el hábitat desde las emociones y percepciones de los pobladores. Las maneras de experimentarlas se incorporan en el proceso de socialización en el que intervienen múltiples agentes, fuertemente marcado por el contexto socio-histórico. Las maneras en que los cuerpos *resuelven* su reproducción en determinado momento, las características del medio en que se desarrollan, las disposiciones en el espacio que habitan, entre otros, ligan los *sentires* experimentados y experienciables a las condiciones materiales de vida.

Ciertas consideraciones de Marx sobre el carácter sensible de la práctica fundan el punto de partida: *el hombre es naturaleza, sensibilidad*. Esto otorga una particular significación a "lo material" en tanto referencia y consideración a procesos metabólicos de los cuerpos con su entorno y a la indagación sobre estados y dinámicas de los intercambios de energías físicas y psíquicas con el espacio y con los otros. Desde aquí se dispone a la percepción y sus transformaciones como lugar privilegiado para reconocer ejercicios de moldeo y modulación sobre la experiencia social de los agentes en íntima interacción con las transformaciones de "lo natural"; es decir -y siguiendo a Marx- si "*la formación de los cinco sentidos es un trabajo de toda la historia universal hasta nuestros días*" (2001), lo que nos afecta y los modos sociales de afectación son una resultante provisoria y contingente de la actividad regulatoria presente, recurrente sobre el humus socio-perceptivo que enmarca las prácticas. Por esto hablamos de "regulación de las sensaciones" en el sentido planteado por Scribano (2010a),

como un conjunto de mecanismos o dispositivos a través de los cuales en la actualidad el capitalismo interviene –desapercibida pero deliberadamente– en la conformación de las sensibilidades de los sujetos, siendo este un rasgo central de la etapa en que nos encontramos (Scribano, 2010b).

En las *Tesis sobre Feuerbach*, Marx indica que la falla de todo el materialismo anterior reside en que no capta la cosa como actividad humana, sensorial, como práctica; sino de una manera inerte, pasiva. Esta negación y renegación de la sensibilidad como activa, persiste y se encuentra incrementada en una época discursivista como la actual, que suma un nuevo pliegue de evitación a la interrogación materialista sobre la actividad de lo sensible.

Pero lo que ha sido objeto de negación y renegación retorna e irrumpe: el lado activo de lo que percibe el cuerpo a través de las sensaciones vuelve como “lo que nos pasa” y se impone como sensaciones que atraviesan a los sujetos que habitan en los escenarios socio-segregados. En la ciudad de Córdoba, en particular, los escenarios de trabajo compartido han sido transformados sustantivamente durante la última década por tendencias orientadas a la fragmentación de los espacios y tiempos de comunalidad. Estas modificaciones se sienten como “una vida de lucha” que “duele” en un presente disgregado por las dificultades para el encuentro colectivo, que se vive -en la expresión de los pobladores- como “meter la cabeza” en la vivienda adquirida y “mirar desde la ventana” lo que falta por hacer.

Como hemos señalado en otra parte (Boito, 2010), el concepto desarrollado por Williams “*estructuras del sentir*” o “*estructuras de experiencia*” permite dar cuenta de la materialidad de la experiencia y escapar también al dualismo entre “*lo pensado*” y “*lo sentido*”, y a la separación entre concepciones de mundo y prácticas, ya que, siguiendo al autor:

“Estamos hablando de los elementos característicos de impulso, restricción y tono; elementos específicamente afectivos de la conciencia y las relaciones, y no sentimiento contra pensamiento, sino pensamiento tal como es sentido y sentimiento tal como es pensado; una conciencia práctica de tipo presente, dentro de una continuidad viviente e interrelacionada.” (Williams, 2000: 155)

Esta conciencia práctica “*se percibe (piensa y siente) atravesada por ambigüedades, alternancias y ambivalencias, que exponen la tensión producida por*

el proceso de relación con otras conciencias prácticas (también de clase), en el marco de formas de ejercicio activo y permanente de lo hegemónico". (Boito, 2010: 199)

En el caso referido, los sujetos que realizaron hace 20 años por esfuerzo propio, ayuda mutua y con apoyo estatal su vivienda y su barrio, ven disminuidas sus posibilidades de hacer por sí mismos y hacer junto con otros; redefiniendo por sustracción el marco y las reglas que configuran sus gramáticas para la acción. Durante este tiempo se ha enfatizado la fijación del cuerpo en un lugar -por clase social- como entorno que detiene la movilidad y el margen del quehacer (posible, deseable). Las nuevas generaciones -los hijos- no encuentran en el presente de los territorios que habitan instancias de nucleamiento colectivo orientadas a la lucha por el hábitat, tanto por la inexistencia de formas de articulación sectorial como por la impronta de procesos de fragmentación operantes al interior del escenario barrial. De este modo, las estructuras de sentir de los jóvenes -como hipótesis cultural en la que se reconocen sus transformaciones a lo largo del tiempo- exponen la violencia expropiatoria y obturadora de la que ha sido objeto generacionalmente este sector de las clases subalternas, con relación a poder transformar en cuestión socialmente problematizada a sus necesidades y sus demandas de hábitat (desde lo que dicen -piensan y sienten- sus padres).

Pero, para identificar el ejercicio de esta violencia expropiatoria sobre las estructuras de experiencia, es pertinente indicar que lo que se constituye como *botín de guerra* -según la expresión benjamiana- es la dimensión sensible (expresivo-creativa) de las prácticas de los sujetos. O más precisamente: lo que sentíamos antes frente a lo que sentimos hoy, junto a lo que como puzzle de sensaciones en el presente direcciona el hacer hacia un tiempo por-venir, también se encuentra a-presado con relación a la posibilidad y la significación de su emergencia ex-presiva.

De este modo hemos tramado una perspectiva para interrogar los estados del sentir que manifiestan los sujetos, con relación a sus vivencias sobre lo colectivo y lo barrial en contextos de socio-segregación. Para esto realizamos tres ECE en los que propusimos a los participantes ejercicios disparadores de la expresividad individual y colectiva.² Buscamos conocer la experiencia de los sujetos a través de consignas y materiales que permitieran ejercitar la creatividad, entendiéndola como la potencialidad de resignificar y reconstruir las impresiones

del mundo social y los modos incorporados de experimentarlas. Así, aunque las emociones se revelen como un ámbito *escurridizo* al registro y las personas se manifiesten “poco acostumbradas” a expresarlas, el trabajo con colores e imágenes ha permitido expresar las maneras, contradictorias, provisorias, ambivalentes, en que la operatoria hegemónica de regulación de las sensaciones se hace cuerpo y emoción en la experiencia del habitar.

2- Habitat, organización colectiva y conflictividad social en la ciudad de Córdoba

Nos interesa entonces acercarnos a cómo el territorio se hace cuerpo, y junto con él, su historia. Los barrios donde hemos trabajado son producto de una experiencia de lucha colectiva y registran en su geografía las vivencias de varias generaciones y distintos momentos sucesivos y superpuestos de entender y sentir lo barrial, marcados de modo directo por las transformaciones de las políticas del Estado provincial, y por las transformaciones urbanas de las últimas décadas, que en Córdoba han tomado un perfil particular, principalmente la disposición de la ciudad para el consumo y el turismo.

Durante el período 1980-1992/94, se conformaron al interior de diversos asentamientos marginales redes de asociación a partir de las cuales se contituyeron cooperativas y mutuales orientadas a la promoción social: en septiembre de 1992, cuatro ONGs de la ciudad³ realizaron un taller al que concurren representantes de 60 organizaciones de villas y barrios carenciados para discutir características y dimensiones de la pobreza en la ciudad, así como políticas provinciales y municipales. A partir de este taller se fue constituyendo un colectivo que en un futuro próximo conformaría la Unión de Organizaciones de Base por los Derechos Sociales (UOBDS). En noviembre del mismo año comenzó a funcionar la Mesa de Concertación, instancia en la que participaban representantes de la misma UOBDS (que representaba al sector de los pobres urbanos), las cuatro ONGs y el Ministerio de Desarrollo Social de la Provincia de Córdoba. En julio de 1994 el Poder Ejecutivo Provincial firmó un decreto a través del cual se institucionalizaba el funcionamiento de la Mesa de Concertación y se incluyó su presupuesto como rubro específico dentro del presupuesto general de la provincia.

En junio de 1995, sin derogación del decreto, se suspendió temporalmente el funcionamiento de la Mesa, al cambiar las autoridades provinciales, y hacia finales de 1996 se reinició, aunque con presupuesto más restringido.

“La Mesa” surgió como respuesta a las demandas de un sector que había conseguido instituirse como interlocutor frente al Estado. La administración provincial involucró a diversos actores de la sociedad civil en las instancias del proceso de concreción de respuestas en términos de políticas sociales, configurando un particular escenario de *negociación*. Según la información de diversas ONGs y un informe de Carlos Buthet (2007) en los 6 años de duración de la experiencia (92-97) se desarrollaron unos 270 proyectos en el campo del hábitat popular, que beneficiaron aproximadamente a 70 barrios (7.000 familias, 35.000 personas).⁴ Entre ellos, se construyeron los cuatro barrios de los que hablamos en este trabajo.

Pasaron 20 años. Muchas cooperativas lograron acceder a sus viviendas a través del financiamiento vía “Mesa” y a través de la práctica de la autoconstrucción por esfuerzo propio y ayuda mutua. Después del cierre de la Mesa, José Manuel De la Sota, candidato a gobernador por el justicialismo, había prometido su reapertura si resultaba electo, pero una vez gobernador desconoció su promesa. Ya no volvió a abrirse ningún espacio para la discusión de las políticas sociales con los pobladores, ahora reducidos a “beneficiarios”. Si en gestiones anteriores al gobierno de De la Sota había aparecido la noción de **concertación** como manera de plantear la formulación e implementación de políticas públicas; en la nueva gestión la noción de **solidaridad** comenzó a definir las formas de intervenir sobre cuestiones sociales.” (Boito y Levstein, 2009)

En materia de hábitat social, el Gobierno Provincial intervino significativamente a través del Plan “Mi Casa, mi vida”⁵, financiado por el BID e implementado entre 2004 y 2009, a través del cual se construyeron más de 5000 viviendas sociales. Dicho plan implicó el traslado compulsivo de habitantes de villas ubicadas en terrenos céntricos y aledaños al centro de la ciudad de Córdoba hacia las denominadas “ciudades barrio”.

De esta manera, el gobierno desechó la experiencia de las cooperativas y la autoconstrucción, relegando a los pobladores al rol de meros *beneficiarios*, de pasivos espectadores, excluidos de toda posibilidad de participación en el trabajo y

decisión sobre la ubicación y características de sus nuevas viviendas y barrios. Sin embargo, la mayoría de los pobladores de los asentamientos aceptaron el traslado con gran esperanza y recibieron con alegría lo que se les presentaba como un “regalo” y un “sueño cumplido”. El proyecto se presentó publicitariamente como “el techo de tus sueños”, pero esto implicaba también otro sentido: ponerle un techo, un tope a lo que estos sectores pueden “soñar” en cuanto a habitar la ciudad.

Asimismo esta política benefició a los más grandes grupos empresarios de la construcción que en muchos de esos espacios desalojados erigieron edificios, centros comerciales, u otras opciones habitacionales para las clases medias y altas. Algunos de estos grupos participaron también de la construcción de los planes habitacionales integrando las UTE (Uniones Transitorias de Empresas). La alianza Estado-Mercado se plasma así en la reconfiguración de la cartografía de la ciudad. Una ciudad que de múltiples maneras, va expulsando y excluyendo a sus ciudadanos más pobres.

4. Los jóvenes del barrio, sin la plaza ni la casa

En este marco, y a través de los mencionados ECE, observamos cómo la reconfiguración de la ciudad, la fragmentación y la transformación en ciertas dinámicas de relación al interior del barrio han ido dejando sus marcas en las maneras de sentir(se) de las y los participantes.

Ciertos ejes temáticos que se revelaron significativos: la obtención de la casa propia como momento fundacional, el recuerdo de la lucha y el trabajo colectivo previos, el contraste con las dificultades con las que se encuentran hoy en la organización: falta de participación, burocratización, desconfianza entre los vecinos; los proyectos comunitarios inconclusos respecto a los espacios comunes: principalmente las plazas; y los jóvenes del barrio, en torno a los cuales se despliegan las alegrías y sobre todo las preocupaciones, tanto sobre su futuro como sobre su presente, en cuanto a sus posibilidades laborales, condiciones habitacionales y educacionales, y sus consumos problemáticos (drogas).

Sobre los niños y jóvenes del barrio -hijos y nietos de quienes lo construyeron- se condensan las sensibilidades más fuertes de la experiencia de habitarlo; en un espectro de sensaciones, desde la más dolorosa impotencia hasta

la esperanza más potente; desde la felicidad a la tristeza; desde la fuerza y la motivación en el momento fundacional de la lucha hasta un promisorio mañana verde y colorido, pasando por el paisaje desolador del abandono presente.⁶

Una primera percepción sobre los jóvenes refiere a ellos como peligrosos (para sí mismos, para sus familias y para el barrio) y vulnerables, en un contexto de riesgo permanente (Chaves, 2010).⁷ Por esto, que las hijas/os “estudien” y sean “buenas hijas”, que los hijos se conviertan en “buenas personas, que tengan todas las enseñanzas que uno les ha dado” es la fuente de mayor satisfacción y bienestar, y el objetivo de quienes aún tienen hijos pequeños.⁸

Entre los peligros percibidos a los que se siente expuestos a los jóvenes se destaca “la droga”, sentida como nueva presencia en los barrios, que altera el paisaje y el entorno barrial transformando los espacios y las relaciones comunitarias, principalmente la plaza, que en lugar de ser el espacio público por excelencia, de reunión, de recreación compartida y encuentro, se siente que ha sido expropiada por “las drogas”, “la juntadera”, etc. Así, la plaza se transforma en un *espejo quebrado* de la comunidad barrial,⁹ y la droga adquiere entidad de sujeto que la ocupa y expulsa a la comunidad de *su* lugar.

Entre las muchas expresiones que tienen como protagonista a la plaza, se manifiesta un hondo malestar por el estado de la misma.¹⁰ El deseo “que podamos construir una plaza que tenga de todo para los niños que puedan jugar, que puedan ver el sol, puedan ver las estrellas, puedan salir a jugar” se manifiesta como contracara de la constatación de los *usos actuales* de la plaza: los jóvenes que “están consumiendo en lo que queda de los banquitos”.

Los jóvenes aparecen a la vez como víctimas y vectores de la *enfermedad* de la plaza: como los que sufren su destrucción y su falta, y como los que la destruyen: como los que no tienen espacio o han sido excluidos, a la vez que como los que privan a la comunidad de su espacio. Frente a esto, lo que prima es el dolor, la impotencia y la auto-responsabilización. La impotencia en ocasiones se manifiesta en forma de negación (“Es gente de afuera”), o de dificultad para decir.¹¹

Aunque el problema supera las posibilidades de abordaje de una organización territorial, se siente como responsabilidad propia ante la ausencia de cualquier otra instancia estatal o de cualquier otro tipo que se haga cargo del tema: “tema droga: **y... no hacemos nada.** (...) poder construir algunas cosas creativas

para los chicos, un taller, enseñar -por ejemplo yo soy albañil- alguna cosa, **a través del gobierno o de alguien...**"; “**ver desde las comunidades** de hacer algo...”.

En este sentido se plasman en los collages tanto los esfuerzos de las organizaciones de generar espacios de contención para niños y jóvenes como la necesidad o requerimiento de los mismos.¹² Como ha planteado Patricia Fasano (2006) para el caso de un centro comunitario en un barrio pobre de Paraná, la auto-responsabilización tiene que ver con la imposibilidad y/o el dolor de reconocer la impotencia frente a las condiciones sociales en que se encuentran los jóvenes, que no se pueden contrarrestar significativamente, al menos con los proyectos de gestión comunitaria en que tanto se empeñan estos grupos. El esfuerzo por proteger a *sus* jóvenes encuentra una cruel limitación en problemas que se les van de las manos, de la complejidad y el tamaño de la fuerte difusión del narcotráfico en los barrios de la última década, el vaciamiento de las escuelas, el desempleo juvenil, la persecución policial y la violencia social que en diferentes aspectos opera particularmente sobre los jóvenes de sectores subalternos.

Así, aunque todo lo que se ha trabajado y luchado ha sido por un futuro mejor para los jóvenes, lo que golpea es la imagen del presente, que sin muchas alternativas los sacrifica en el altar del progreso de las clases altas. Como expresaba una de las referentes de una cooperativa, explicando por qué en el collage sobre cómo se siente el barrio había pegado la foto de unos modernos edificios muy alejados del mismo: “yo veo que la provincia avanza a pasos agigantados, los que nos usan para poder escalar, a costa de nuestros jóvenes que todos los días escuchamos que hay un obrero que muere adolescente, joven, porque el único lugar que tiene para ir a buscar trabajo es ese, en la construcción; no tiene otra salida si no hay estudio...”. **“Nosotros -prosigue- nos quedamos mirando desde la ventana...”**

Los hijos han sido la esperanza que le dio sentido a la lucha colectiva y por esto el presente de los jóvenes sigue siendo para estos grupos, activos militantes de las cooperativas, un asunto colectivo a resolver. En los relatos del recuerdo, los hijos constituyen el principal motor: “empezar a ver un futuro para los hijos”.

La obtención de la casa propia -el “techo”- representó un punto de inflexión,¹³ un momento fundacional que hoy retorna como mítico. El barrio que

“ya no es el mismo” es una expresión que indicaliza estados de sentir que remiten a las dificultades para la concreción de acciones colectivas. En numerosas oportunidades los participantes manifestaron este dolor, el contraste del tiempo del trabajo colectivo, donde los unía la necesidad de la casa, con una percepción de que en la actualidad “cada uno metió la cabeza bajo techo”, “cada uno tuvo su casa y se olvidó de que esto tenía que continuar”¹⁴; junto a muchas expresiones similares que dan cuenta de la ambivalencia de los sentimientos: la alegría del logro, de tener *dónde meter la cabeza*, estar “tranqui” y “cómodo”¹⁵ en su casa, junto a la tristeza por la pérdida del lazo de comunalidad. Por esto no cuentan las siguientes generaciones con la existencia ni con la potencia de una instancia colectiva como la que les permitió a sus padres acceder a la vivienda.

Pasados los años, los hijos ya tienen a su vez sus familias y no tienen más lugar en la casa. Es significativo que algunos miembros de las organizaciones proponen hacer proyectos para que los hijos tengan sus casas, pero nunca se cuenta con su propia participación en estos proyectos. Algunas expresiones fueron: “Construir algo para los hijos buscar proyectos para que ellos puedan tener la casa como nosotros tenemos ahora o quizás mejor”, “yo estoy re feliz porque tengo lo mío y es lo que anhelo que mis hijos, los hijos de nosotros tengan su vivienda propia”.¹⁶

La expresión “que los jóvenes también se involucren” aparece más como deseo, en una cadena que remite a la vuelta al tiempo de “la Unión” (la UOBDS), que como una posibilidad concreta de *tomar la posta* en una lucha; que parece haber acabado en el logro de las viviendas y de una experiencia que se vive como intransmisible por estar hoy en cierta forma fuera de contexto, en relación a los cambios en las políticas del Estado y al interior del espacio social popular.

Los jóvenes no tienen lugar en el barrio, ni tienen lugar ya en sus casas, porque han crecido más rápido que las posibilidades colectivas de albergarlos, en un contexto de fragmentación y privatización de la vida, donde la distancia cultural hace la experiencia colectiva casi invisible para estas generaciones: “eso **le quiero hacer ver** a mis hijos, que gracias a doña Elba y doña Aida [líderes de la organización] (...) pudimos tener la casa”. Incluso se revela en el dolor que expresaba una de las participantes: “Mis hijos nunca quisieron venir a vivir al barrio. Ahora recién están arraigados, eso a mí me lastimaba, porque es lo nuestro,

cómo puede ser que no quieran algo que se luchó". La *lucha* no está en el horizonte de posibilidad ni de deseabilidad de las generaciones jóvenes. Aún entre los mismos participantes las expectativas de progreso individual, las mejoras en las viviendas, que ya no se deben al trabajo colectivo sino a las posibilidades económicas de cada familia, aparecen en muchas de las expresiones de fantasías respecto del futuro.

Pero, a pesar de tener un "techo" sobre la cabeza, la vista de la plaza "desde la ventana" condensa el dolor por la fragmentación, la ruptura de los lazos entre vecinos que se refleja en los bancos y juegos rotos; y la tristeza del barrio,¹⁷ producto de la desunión, en contraste con la evocación de un pasado donde se habría vivenciado –con alegría– la pertenencia y el trabajo colectivo, la potencia, la unión.

Sin embargo, a pesar de la sentida pérdida de la comunalidad, los jóvenes del barrio se siguen percibiendo como *propios*, *nuestros* jóvenes, "son parte de nuestros hijos, los hemos visto crecer, los hemos visto jugar con los nuestros". Este rasgo es distintivo de lo que hemos observado en nuestro trabajo de campo en las ciudades barrio, producto del plan habitacional mencionado anteriormente, donde padres y madres manifiestan una gran preocupación sólo por sus propios hijos, marcando fuertemente la distinción con todo el resto de los jóvenes del barrio, y expresando el deseo y hasta la desesperación por "sacarlos", o al menos mantenerlos alejados (encerrados en las casas) del entorno.

Por el contrario, lo que se desea en estos contextos de barrios construidos colectivamente es que los jóvenes se queden: "cambiarles el entorno, que se sientan bien en este espacio y no que busquen irse a otro espacio, se alejen y que sean felices acá como nosotros somos felices acá por lo que logramos". El deseo es el de darles un lugar a los jóvenes que no tienen hoy ese lugar: no caben ya en sus casas, no tienen lugar en la escuela ni en el trabajo formal, no tienen plaza ni espacios comunitarios; no tienen tampoco lugar en la ciudad, donde sus posibilidades de circulación son muy restringidas por el accionar policial.¹⁸ La posibilidad de cambiarles el entorno para que tengan un lugar es el motivo para seguir en la organización a pesar del cansancio, el abandono y las condiciones adversas; aunque la comodidad de la casa y el sillón tiren cada vez más para

adentro. De alguna manera, en la felicidad de los hijos se juega el sentido de todo el trabajo y la lucha colectiva.

5. Reflexiones finales: Estados del sentir, expresividad y acción.

Como cierre del recorrido expuesto vamos a retomar los estados de sentir asociados a la tristeza y a la felicidad que han manifestado los adultos de forma recurrente, tal como se evidencia en el apartado anterior. En *Etimología de las Pasiones*, Ivonne Bordelois recorre las raíces de distintas pasiones, y entre ellas la tristeza y la felicidad, interrogando su anclaje corporal, sensible. Los adultos manifiestan estar tristes en el hoy, mientras que la felicidad aparece en el pasado de la lucha colectiva y como anhelo para el futuro de los hijos.

Lo triste remite al estado de ánimo triturado, aplastado, atormentado. Una de las hipótesis acerca del origen de lo triste y sus posteriores derivaciones, refiere a la experiencia física del temblor, después los ruidos que se le asocian originados en las tareas y en los instrumentos que vibran -como la trilla- y luego se extiende a hechos psíquicos como el temor, el terror, (provenientes del temblor), tribulación o presión (provenientes de triturar) (Bordelois, 2006). Mientras que la etimología de felicidad -a la que refieren los adultos con relación a lo que hacen y esperan para sus hijos- indica que la palabra proviene de una raíz *dei*: chupar, amamantar. Feliz proviene de *felix*, adjetivo latino también emparentado con la raíz *dei* y el adjetivo latino *fecundo*, proviene de la misma raíz. Fecundo se dice de la tierra, la semilla y de las hembras; de este modo la función nutricia se expande metafóricamente hacia otras áreas de la vida (Bordelois, 2006).

En este trabajo hemos presentado algunas interpretaciones sobre estados de sentir que aparecen asociados al estar triste o al estar feliz que expresan los pobladores con quienes hemos realizado los ECE; estados de sentir que indican formas específicas de pensar, sentir y actuar sobre los conflictos vinculados al hábitat en nuestra ciudad.

Creemos haber fundamentado la significación epistémica y política que tiene la práctica de interrogar sobre sensibilidad social de los sujetos, en tanto resultante que manifiesta una especie de dialéctica suspendida sobre un momento de la conflictualidad clasista con relación al espacio urbano cordobés. De este

modo aquello que los sujetos sienten -expuesto a partir del proceso de diagnóstico social- encuentra condiciones para ser reapropiado y potenciar -para sí- y replicar -en otros- las capacidades y habilidades para poder-ver y poder-operar sobre los marcos de posibilidad y constricción de la acción colectiva; particularmente en una ciudad como Córdoba cuya tendencia dominante contemporánea para con las clases subalternas es desalojarlas de diversas formas y en distintos tiempos.

De este modo “lo que nos pasa”, “lo que sentimos” -cuando es objeto de diagnóstico y reflexión colectiva- se configura en uno de los primeros movimientos corporales que supone la lucha por retomar la dimensión sensible de la práctica social reconocida por Marx. Si “*la sensibilidad debe ser la base de toda ciencia*” (Marx, [1844] 2001), los ECE implicaron una operatoria reflexiva sobre la materialidad de lo sensible. Con lo sensible entre manos, tomado con las propias manos y vuelto objeto de pensamiento, de sentimiento y de acción, el estado de ánimo triturado, aplastado, atormentado asociado a la tristeza encuentra condiciones para des-apresarse, y mediante los dibujos, las pinturas, los collages, el carácter viviente y tensivo de la sensibilidad encuentra la posibilidad de un instante para un nuevo -para otro- comienzo.

¹ Financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología de la Provincia de Córdoba, en el marco del Programa de Transferencia de Resultados de la Investigación (PROTRI, 2010).

² Visionado de video; momento de expresividad individual: colorear distintos momentos y ubicarlos en un eje temporal; realización grupal de collages: “¿cómo se siente el barrio?”. Para una explicación de los ECE ver Scribano, 2013.

³ SERVIPROH, SEHAS, CECOPAL y la Mutual Mujica

⁴ Con una inversión de alrededor de 17 millones de pesos.

⁵ Sobre el plan venimos desarrollando proyectos de investigación desde 2006. Ver: Levstein y Boito (comps.) (2009) y Boito; Cervio, A. y M.B. Espoz (2009) “La gestión habitacional de la pobreza en Córdoba: el antes y después de las ‘Ciudades-Barríos’”. En *Onteaiken*. Año 4, nº 7. Programa de Acción Colectiva y Conflicto Social. Disponible en <http://onteaiken.com.ar/ver/boletin7/2-4.pdf>

⁶ En la actividad de expresividad individual la consigna fue colorear el “antes”, el “ahora” y el “después”. Se destacó lo verde y colorido del momento futuro, un mañana que se *siente* que será mejor.

⁷ Esta representación va en consonancia con una de las representaciones sobre la juventud presentes en nuestra cultura que la antropóloga Mariana Chaves (2010) ha identificado y algunas de las cuales encontramos que constituyen el espacio social intergeneracional de los barrios donde trabajamos.

⁸ Por ejemplo una de las participantes relata: “Recién el año pasado vino el mayor y me dijo: despreocupate, vos ya nos formaste como personas; porque la preocupación del más chico, que salgan a robar, que caigan en las drogas y ahí entendí que lo que había hecho tenía sus frutos”.

⁹ En términos de una de las participantes “la plaza es la vista del barrio”. Si bien puede interpretarse que la plaza se percibe como la “presentación en sociedad” del barrio, también se refiere a una percepción compartida, a lo que todo el barrio ve, y cómo se ve a sí mismo.

¹⁰ En el momento de expresividad individual, ante la pregunta: ¿cómo se siente usted en el barrio?, muchos de los participantes eligieron referir a la plaza, fundamentalmente a cómo la quisieran ver

en el futuro, justificando el verde de cómo les gustaría sentirse o se imaginan que se van a sentir en el futuro. En los collages realizados en el momento de expresividad colectiva, la plaza aparece en casi todos los trabajos, en algunos casos ocupando hasta un cuarto del afiche. En dos casos se ha dibujado la plaza que está: “todo roto”, “lo que había han destruido”. En los demás se ha dibujado o bien confeccionado la plaza deseada.

11 “El tema de la adicción, hay chicos que toman, hay chicos que se drogan, me cuesta mucho decir esa palabra a mí, no sé por qué pero me cuesta mucho decir eso”.

12 “El grupo de jóvenes que está participando y hacen actividades como el mural que está en la pared...”, “Tenemos muchos niños y jóvenes que tienen ganas de tener su propio espacio”, “[quisiéramos hacer] un lugar de aprendizaje para jóvenes en riesgo”.

13 Es el hito que divide el “antes” del “ahora” al momento de ubicar sensaciones y colores en una línea del tiempo en casi todos los casos en el momento de expresividad individual de los ECE.

14 “Cada uno contento en su casa, pero no es así”, “que cada uno se metió en su casa y se olvidó del resto”; “nos entramos a vivir en la casa y nos olvidamos del afuera”, “salvaje porque nos hemos vuelto para atrás, ya tenemos nuestras casa... tenemos donde meter la cabeza y listo no vemos el progreso que puede llegar a venir”.

15 En dos de los afiches esta aludida comodidad se expresó con la imagen de un sillón. Otra imagen recurrente es la de la familia dentro de la casa cuyo único vínculo con el afuera es mirar por la ventana.

16 De manera similar en los márgenes de algunas de las ciudades barrio los beneficiarios del plan habitacional *toman tierras* pero no para ellos, sino para sus hijos.

17 Ante la consigna “¿Cómo se siente el barrio?” una de las participantes respondió espontáneamente: “aplanado, se siente triste porque no tiene su plaza como debe estar...”

18 Cada año se detiene a más de 70.000 jóvenes de sectores subalternos en la Provincia por la conocida “portación de rostro” legitimada en la figura del “merodeo” del Código de Faltas.

Bibliografía

Boito, M.E. (2010): “Exploraciones sobre las regulaciones del sentir/ experimentar clasista ante expresiones de necesidad. La operatoria hegemónica de la sutura solidaria transclasista”. En Lisdero P. y A. Scribano (comp.) *Sensibilidades en juego: Miradas múltiples desde los estudios sociales de los cuerpos y las emociones*. Córdoba: CEA-Conicet/ UNC.

Boito, M.E. y A. Levstein (Comps.) (2009): *De insomnios y vigiliadas en el espacio urbano cordobés: lecturas sobre “Ciudad de mis sueños”*. Córdoba: Jorge Sarmiento Editor.

Bordelois, I. (2007): *Etimología de las pasiones*. Madrid: Ediciones del Zorzal.

Buthet, C. (2007): “Políticas públicas de vivienda social y derecho a la ciudad”. En *Actas de las XIII Encuentro ULACAV*. Santiago de Chile. Disponible online http://www.invi.uchile.cl/derechociudad/ponencias/Jornada/Panel%202/BUTHE T,%20CARLOS_J1.pdf

Chaves, M. (2010): *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

Fasano, P. (2006): *De boca en boca. El chisme en la trama social de la pobreza*. Buenos Aires: Antropofagia.

Marx, K. [1844] (2001): "Tercer Manuscrito". *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Edición preparada por Fajardo J. R.. Disponible en <http://www.1j4.org/m-1840s/manuscritos/man3.htm#3-1> (consultado 17/12/2013)

Simmel, G. (1986): "El espacio y la sociedad". En *Sociología 2. Estudios sobre la forma de socialización*. Madrid: Alianza.

Scribano, A. (2010a): "Las sensibilidades prohibidas: el epílogo de un libro sobre la transformación social". En Lisdero P. y A. Scribano (comps.) *Sensibilidades en juego: Miradas múltiples desde los estudios sociales de los cuerpos y las emociones*. Córdoba: CEA-Conicet/ UNC.

Scribano, A. (2010b): "Un bosquejo conceptual del estado actual de la sujeción colonial" en *Onteaiken* N° 9. Disponible en <http://onteaiken.com.ar/ver/boletin9/0-1.pdf>

Scribano, A. (2013): *Encuentros Creativos Expresivos. Una metodología para estudiar las sensibilidades*. Ebook: ESE Editora.

Williams, Raymond (2000): *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Península.